



13 de abril de 1879

SANTO DIA DE PASCUA

Queridas hijas:

Acabáis de cantar: “Este es el día que ha hecho el Señor, regocijémonos en él.”

Sin embargo, no sé si sentís, como yo lo siento todos los años, que la alegría de Pascua es, en el primer momento, una alegría grave, profunda, un gozo de eternidad. Para los apóstoles, para los discípulos, para toda la naciente Iglesia, después de haber visto a nuestro Señor en tales sufrimientos, en tales angustias, la hora de la resurrección era sin duda una hora de gozo, pero de una alegría que, como todo paso de un gran dolor a una gran alegría, debía tener algo de grave y solemne.

Es lo que me impresiona en el Oficio de la Iglesia. Un poco después se hace más alegre, recobra su ritmo, multiplica los *Aleluyas*. En el primer día el *Victimae Paschali* es, en su belleza, todavía grave y solemne

Así pues, el día de Pascua es un gran día, un día en que hay que tratar de realizar en si misma el paso de una vida a otra vida. Ya sabéis que esto es lo que significa la palabra Pascua. ¡De qué modo quedaron transformados los Apóstoles! De débiles que eran antes del día de Pascua, ¡se hicieron fuertes, llenos de fe, ardientes! Cómo empezaron a afirmarse en el espíritu de apostolado que debía confirmar en ellos la gracia del Espíritu Santo. Nosotras hemos recibido ya el Espíritu Santo, de manera que la fiesta de Pascua puede producir todos estos efectos de transformación y de cambio.

¡Si miramos hacia fuera, a lo que ocurre en la Iglesia, qué grandes transformaciones se hacen en las almas en la fiesta de Pascua! Para los cristianos es la hora de las grandes reconciliaciones, de los grandes perdones, de las grandes transformaciones de la vida. Se tiene una actitud culpable. Hace falta comulgar en la fiesta de Pascua. Uno se confiesa. Ya se ha preparado durante la cuaresma, se deja esa mala costumbre, se renuncia a ella. Se tienen inclinaciones que llevan al mal: se sale de ellas, se resucita con Jesucristo. Esto es lo que hacen en Pascua los grandes pecadores, cuando tienen fe.

Si entre el gran número de cristianos que reciben a nuestro Señor, hay algunos que no están preparados, la mayoría alcanzan grandes triunfos y hacen grandes esfuerzos. Tienen una

enemistad, una antipatía; desde hace un año, posiblemente después de años no han podido dominarla. En fin, llega una fiesta de Pascua y se transforman

En cuanto a nosotras no se trata, así lo espero al menos, de salir del estado de pecado mortal, sino que se trata de resucitar - ¿quién podría, acercándose tan a menudo a nuestro Señor Jesucristo, vivir con inclinaciones que llegasen al pecado mortal? - pero ¿no tenemos en nosotras ciertos pequeños apegos, ciertas pequeñas costumbres, ciertas inclinaciones que llegan a pecado venial? Este es el día de subir más alto, de hacer a Dios mayores sacrificios, de dejar la vida según la naturaleza.

Llevamos todavía en nosotras al hombre viejo. San Pablo se quejaba de ello. Cada una de nosotras seríamos muy orgullosas si creyésemos que no lo tenemos. ¡Que esta fiesta de Pascua sea la separación de esta vida natural y la victoria sobre el hombre viejo! Cada una sabe cuál es para ella el terreno de la lucha y del triunfo, cuáles son sus debilidades, sus imperfecciones, sus apegos, las ocasiones de pecado venial: que haya ahí un esfuerzo, una resurrección.

Nuestro Señor resucita para nunca más morir. Entra en nuestro corazón: es el que habéis recibido esta mañana, resucitado, glorioso, impasible, trayéndonos la vida eterna. La que ha venido a vosotras es esa vida eterna. Es una carne resucitada, gloriosa, llevando en ella la divinidad. La lleva siempre, pero la fiesta de hoy nos recuerda de modo especial su triunfo y su manifestación. Es la misma carne resplandeciente, gloriosa, luminosa la que ha sido esta mañana vuestro alimento. Que no haya ya en vosotras ni un resquicio que no sea enteramente luminoso.

Lo que habéis recibido en vuestro corazón es el sol de verdad y de justicia. Procurad que entre en todas partes, que todo lo penetre, que no deje ninguna de esas rendijas, que pueden preparar una caída o una debilidad. Tratad de que reine en todas partes, que todo lo ilumine, que todo lo transforme, que lo conduzca todo por caminos de eternidad, por caminos de cielo.

Es como si esta mañana, en el momento en que nuestro Salvador ha venido a vosotras, hubieseis sido transportadas al trono del Cordero, para adorar, a través de este Cordero divino que era su alimento, al que está sentado sobre los querubines en su gloria y su esplendor, y al que el ojo del hombre no puede ver. Nos hemos acercado un instante a Él por esta divina carne. Habéis podido cada una rendirle una adoración digna de su majestad y una acción de gracias que le ha sido plenamente agradable.

Habéis podido cubrir toda vuestra vida con esta sangre preciosa, con esta sangre divina, que, penetrando en el hombre, lo penetra instantáneamente y, parecido a un relámpago, llega hasta el fondo de su corazón. San Vicente de Paul, del que os cito a menudo, dice: *Está en mis pies, está en mis manos, está en el corazón, está en el espíritu. Y, ¿qué hace ahí? Lo renueva todo, lo abraza todo, lo purifica todo.* En un instante toda falta, toda fealdad queda cubierta con esa sangre preciosa y llegáis a ser muy agradables a Dios.

Habéis podido prosternaros al pie del trono, pedir con su omnipotencia a vuestro servicio. ¿Qué le habéis pedido? Habéis pedido ante todo su amor santo, y no solamente para vosotras y para vuestras hermanas, sino también para toda la santa Iglesia de Dios, para nuestro santo Padre el Papa, para los jefes de la jerarquía cristiana, para los que os administran los sacramentos, para vuestros confesores, vuestros superiores. Entre nosotras especialmente, habéis pedido por las que os han dado a conocer la luz y que son vuestras madres según la gracia.

Luego, después de haber rezado las unas por las otras, por la inmensa muchedumbre de los fieles del mundo entero, rezaréis también por los infieles, los herejes, los cismáticos que, en el día de hoy, debemos presentar ante Dios, para pedirle que no haya más que un rebaño y un pastor. Le pediréis también que, en el cuerpo místico de Jesucristo que es la Iglesia, seamos lo que el corazón es en el cuerpo, la parte más amante, la más pura, la más escogida, la que está más lejos de todo lo que es imperfecto, infiel y malvado, para permanecer en el corazón mismo de Jesucristo.

Que sea ésta la alegría de Pascua, alegría profunda, alegría que nos transforme, alegría que consiste en adorar hoy a Jesucristo en la gloria, en el poder, en la majestad de su triunfo sobre todas las naciones de la tierra, y de su triunfo en nosotras.

Alegría que consiste en renovarnos en el gozo de nuestra vocación, en desear a todos el mismo bien, la misma morada. Puede ser que no de la misma manera, puesto que vosotras debéis permanecer en el corazón. Bienaventurado el que permanezca en las manos, porque trabaja. El que permanece en los pies, porque camina. Bienaventurado el que permanece en ese cuerpo divino, cualquiera que sea la forma de pertenecerle. En este día de Pascua tenemos que pedir esto para todos los que son capaces de llegar a ser miembros de este cuerpo.

Aún no he dicho nada de otra oración de debemos llevar en el corazón. Hay santos que piensan que el día de viernes santo y el de Pascua queda casi completamente vacío el purgatorio. Hay que contribuir a ello, hay que procurar también a esas almas el gozo de Pascua. Pedid que la gracia de la bajada de nuestro Señor al limbo se extienda a ese reino sin luz, lleno de sufrimiento, pero también lleno de esperanza, donde quizá se encuentran retenidas almas por las que haríamos lo que fuese, si supiésemos que están ahí, almas agradables a Dios y que ama.

Emplead el resto de este día en desear a todos el gozo de Pascua, desearla a nuestro Señor, de modo que la encuentre en vosotras, en vuestras hermanas, en todos los hombres. Procurad que llegue a entrar en vosotras hasta lo más profundo, hasta lo más íntimo de vuestro corazón. ¡Que no hay un solo miembro, una sola facultad, un solo pensamiento, un solo sentimiento que no se revista, que no se transfigure en la sangre adorable de nuestro Señor!

Sabéis que los recién bautizados se vestían de blanco en Pascua y durante toda la Octava. Vosotras, religiosas de la Asunción, estáis casi enteramente revestidas de blanco en las fiestas solemnes. Que no sea sólo una apariencia, sino una realidad, y que la pureza de Pascua, la pureza de esta semana de vestiduras blancas resida en vosotras, para que vaya creciendo hasta la hora en la que, *siguiendo al Cordero donde quiera que vaya*, lo seguiréis, así lo espero, con vestiduras blanqueadas en su sangre y purificadas de toda mancha.